

Una poeta y un Caribe femenino

Herida antigua

ELA CUAVAS

Gobernación de Norte de Santander,
Secretaría de Cultura de Norte de
Santander, Asociación de Escritores de
Norte de Santander, Cúcuta, 2018, 84 pp.

“¡ÚLTIMO CABLE!”, suelen decir todavía algunos medios de comunicación cuando aparece una noticia de última hora; en nuestra época, fueron las redes sociales las que nos trajeron la novedad de que Ela Cuavas, poeta de Montería nacida en 1979, era “la primera mujer en Colombia en ganar el prestigioso Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, 2018”. Efectivamente, después de Juan Manuel Roca, Mario Rivero, Darío Jaramillo Agudelo, Víctor Gaviria, Jaime Jaramillo Escobar, Jorge Cadavid, Horacio Benavides, Julio Alberto Balcázar, Felipe García Quintero, Jorge Eliécer Ordóñez, Robinson Quintero Ossa y Hellman Pardo, entre otros, es Ela Cuavas, quien hasta el momento solo había publicado *Juntar los huesos* (Cartagena, 2011), la primera mujer en hacerse a este premio que lleva más de 18 años en la agenda cultural de la Gobernación de Norte de Santander. Lamentablemente, la noticia no trascendió el limitado y quizá artificioso público que interactúa en internet.

Pero, ¿quién es Ela Cuavas? Para los que afirman en ferias del libro, en festivales de poesía y en publicaciones especializadas y antológicas que no existen o no ven mujeres poetas destacadas en el Caribe colombiano, Ela Cuavas es una de sus dignas representantes. Es inaceptable y no deberíamos ser indulgentes con las excusas por desconocimiento de la literatura de una de las regiones que le ofreció al mundo, entre otras joyas, un Premio Nobel y figuras tan prominentes como Luis Carlos “el Tuerto” López, Manuel Zapata Olivella, Gustavo Ibarra Merlano, Héctor Rojas Herazo, Raúl Gómez Jattin, Giovanni Quessep y el reciente Premio Nacional de Literatura 2019, Rómulo Bustos Aguirre. Entre las mujeres del Caribe colombiano se leen con admiración las obras de Olga Isabel Chams Eljach (1922-2009),

más conocida como “Meira Delmar”, Clemencia Tariffa (Codazzi, Cesar, 1959 - Santa Marta, 2009), Tallulah Flores Prieto (Barranquilla, 1957), y en narrativa una voz deliciosa y hasta hace poco estudiada, Marvel Moreno (Barranquilla, 1939 - París, 1995).

Al público que desee explorar la poesía reciente del Caribe, más allá del clic informativo, le recomendamos *Rostro del mar: 60 poetas del caribe colombiano* (La Rana, Guanajuato, 2015), con selección, introducción y notas de Fabián Muñoz, donde se compilan cuarenta años, desde 1975 a 2015, de literatura colombiana. En segundo lugar, un compendio exclusivo de voces femeninas: *Como llama que se eleva. Antología de mujeres poetas del Caribe colombiano* (Exilio, Bogotá, 2017), a cargo del poeta y editor Hernán Vargascarreño, que convoca a 26 poetas mujeres vivas, de seis departamentos del Caribe colombiano. Una tercera referencia serían las múltiples antologías que se han publicado en el marco del Encuentro Internacional de Mujeres Poetas de Cereté, Córdoba, que en 2019 cumplió 25 años formando, consolidando y difundiendo la literatura escrita por mujeres en Colombia y Latinoamérica.

Además, anexemos dos poetas recientemente publicadas por las editoriales Abisinia, Escarabajo y Nueva York Poetry Press: la investigadora y activista afrocolombiana Ashanti Dinah (Barranquilla, 1980), con *Las semillas del Muntú* (Nueva York, 2019), y la docente universitaria y especialista en poesía testimonial y memoria del conflicto armado colombiano, Angélica Hoyos Guzmán (Barranquilla, 1982), con *Este permanecer en la tierra* (Nueva York, 2020).

La primera vez que tuve conocimiento de la palabra de Ela Cuavas fue con la recopilación *Músicas lejanas. Antología poética*, número monográfico que le dedica la revista de poesía *Exilio* (Bogotá, febrero de 2014, n.º 22); desde allí la autora avisa de un marcado tono de desesperanza. La segunda oportunidad fue en *Como llama que se eleva*, donde la poeta cordobesa ofrece con mayor énfasis sus homenajes apócrifos a poetas y una nocturnidad desenfadada en medio de una ciudad sofocada por el calor y el tedio. En las dos antologías, Cuavas

nos adelanta un puñado de poemas inéditos que harán parte más tarde de *Herida antigua*, y reafirma una búsqueda profunda y de lenta laboriosidad.

El libro *Herida antigua* está integrado por 63 poemas divididos en cuatro apartados, donde conviven en armonía la prosa y el verso libre sin desentonar por su larga, media o breve extensión. La primera parte, “Alfabeto”, es un compendio que podría leerse como una especie de poética en verso; allí Cuavas, a través de la obra literaria, se pregunta por las palabras, la poesía, el poema, la creación y el poeta. Destaca como una constante un tema pizarniano: la imposibilidad del poeta frente al lenguaje o la lucha de este por rozar los límites de su expresión. El poema en prosa “Alfabeto”, quizá impregnado con el olor de la poesía de Héctor Rojas Herazo, dice: “Las palabras juegan a las escondidas y yo quiero atraparlas como a moscas, derribarlas con mi arco de fuego sin molestar a Dios” (p. 9).

Sin embargo, el poema más original de la primera sección se titula “Un poeta”, pues se aleja de las reiteraciones clásicas como el silencio o el misterio. Este insinúa un tema bastante polémico y relativamente reciente: la muerte del autor o la figura del autor después de escrita la obra; Cuavas nos lo anuncia con el uso acertado, como epígrafe, de aquella línea magnífica de Henry Miller: “Poco importa que perdamos al poeta / si salvamos la poesía”. ¿Quizá un homenaje a Arthur Rimbaud? Abundan ejemplos de libros cuyo autor se desconoce, vienen a la memoria: el poema indio *Bhagavadgita*, *El cantar del Mio Cid* y *El lazarillo de Tormes*. Lo que agrada del texto “Un poeta” es la aventura que propone para el cuerpo y la mente libre del poeta:

La poesía no está contenida en engañosos caracteres, la poesía es esta luz, ese labio, esta ebriedad. Hagámosla con el cuerpo. Un cuarto oscuro y alejado no será nunca el laboratorio del poeta. Debe ser Abisinia o cualquier otro lugar del mundo que le proporcione emoción. Una gira por Norteamérica dete-

POESÍA		RESEÑAS
<p>niéndose en todas las esquinas solo para beber una cerveza, no es nada despreciable. (pp. 26-27)</p> <p>Dijo la poeta polaca Wislawa Szymborska (1923-2012) que el poema de tema erótico –y anexemos allí el de amor– es el más difícil de escribir, pues es muy fácil caer en el lugar común. Cuavas, consciente de esa exigencia y burlándose un poco del cliché, escribe el poema titulado “Un malogrado intento erótico”, en el que nos dice: “Dolerá la muerte / como este desespero de tí” (p. 32). El anterior poema citado pertenece a la segunda parte y la más extensa del libro, “Amor que todo lo quema”, donde reiteraciones e imágenes en torno a las palabras “deseo”, “mundo” y “cuerpo” no me entusiasmaron, pero encontré un poema en prosa digno de antología, “Otra muerte”, que recuerda el tono confesional de Sylvia Plath. Citamos un fragmento: “Tú y yo desconocidos por los espejos del bulevar, ciegos de desdicha, ebrios de años, cansados de soledad. Tú y yo en el cementerio despidiendo a un amigo en común o presidiendo esta otra muerte” (p. 39).</p> <p>La tercera parte del libro, “Jardín en vela” –donde el tema es la muerte, la locura y el yo–, es a mi juicio la parte más intensa y más generosa en emoción poética. Desde el primer poema somos testigos de un alma turbada y melancólica: “Después de mí está la luz / a la que le sobra todo este cuerpo. / Quisiera ser un agujero por donde se cuele / la mañana con lluvia y pájaros muertos en el jardín” (p. 55). Es recurrente en <i>Herida antigua</i> el diálogo con la obra de Alejandra Pizarnik; más allá de los imaginarios del jardín, la música y la noche, se presentan también las atmósferas y las ideas del miedo, el abismo y la lucha por encontrar la palabra justa. Como ejemplo un poema sin título, en el que aparece torturada por el insomnio:</p> <p>Intento dibujar las líneas del sueño. Una gota cae pesada sobre otra. La noche es propicia para fundar el miedo. Un dulce fuego me recorre. ¿Amanecerá? (p. 65)</p>	<p>Citamos otro poema de la segunda sección, donde la crueldad y la inocencia nos despiertan el sentimiento de compasión; allí la noche es mensajera y portadora de las más sinceras confesiones:</p> <p>Tengo miedo de la noche, ella se ha vuelto mi enemiga, se burla de mí, me engaña como lo hacían mis compañeras de infancia por ser yo la más inocente, la que casi no hablaba. (p. 67)</p> <p>Finalmente, en la cuarta y última parte del libro, titulada “Los sedientos caballos del alma”, Cuavas teje una serie de poemas apócrifos que se constituyen como un legado de agradecimiento a los poetas que la han acompañado y formado. ¿Quién hizo antes, en la poesía colombiana, un libro completo con este procedimiento? Pienso en <i>Antología apócrifa</i>, libro anunciado en la antología poética <i>La risa del ahorcado</i> (Bogotá, 2015), de Henry Luque Muñoz (Bogotá, 1944-2005). Algunos títulos de los poemas de Cuavas son “Alejandra Pizarnik”, “Serguei Esenin”, “Georg Trakl”, “Sylvia Plath”, “Dylan Thomas”, “Virginia Woolf”, “Malcolm Lowry”, “Anne Sexton”, “Yukio Mishima”... Como podrá inferir el lector, corresponden a vidas cuyos finales fueron el suicidio o la muerte accidental por alcohol. El primer poema de la serie, que lleva un título diferente del resto, es “La nave de los locos”, y en él se nos advierte en clave simbólica: “¡Bebamos este nuevo vino! ¡Desatemos la cuerda! / ¡Qué perfecto es el abismo!” (p. 72).</p> <p><i>Herida antigua</i> de Ela Cuavas, a manera de conclusión, reafirma con talento y disciplina una tradición rica y disímil de la poesía colombiana, e invita a leerla –lejos del exotismo consabido que se le adjudica– desde una memoria femenina llena de crudeza, soledad y malestar. En la poesía de Cuavas los lectores observamos una expresión honesta y otra forma de sentir el Caribe. Con sus propios versos: “Un tambor no deja de sonar en su pecho / y la cabeza es una confusión de estrellas / en el acantilado” (p. 78).</p> <p style="text-align: right;">Fredy Yezzed</p>	